



# SOCIOLOGÍA

## Sección española

### LA CUESTIÓN SOCIAL Y LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

Antes de tratar un asunto, que alcanza actualidad en la buena y la mala fe, de algunos radicales, conviene digamos qué entendemos por cuestión social.

No es, según nosotros, un problema económico exclusivamente. Si lo fuera, los hambrientos lo hubieran planteado y el hambre sería su factor más importante. Ni todos los pobres son enemigos de la actual sociedad, ni todos los ricos están con ella. Luego aquí hay algo superior á las necesidades del estómago.

Los obreros más ilustrados son los menos amigos del actual orden de cosas, y las dos figuras principales del antiguo socialismo revolucionario, Bakunin y Marx, procedían de familias distinguidas, sin que de lejos ni de cerca conocieran á la miseria, y aunque la hubiesen conocido con seguridad que hubiera sido por empeñarse en defender un ideal que germinó en la generosidad de inteligencias poderosas y no en los dolores de estómagos mal asistidos. Además, siempre ha habido pobres; ¿ha habido siempre socialistas? No. La cuestión social es, pues, un problema planteado por las inteligencias que ansian una vida de libertades y de afectos imposible de ofrecer esta sociedad del todo gastada. La revolución que se avecina recluta más partidarios entre la clase desheredada que entre las otras, por dos razones: primera, porque los obreros son los más castigados dentro de las actuales condiciones de vida; luego, porque el progreso exige que la revolución futura termine con la explotación del hombre por el hombre.

Con la pequeñez de esta sociedad no pueden estar conforme la grandeza del pensamiento contemporáneo, así lo conciba el cerebro de un pobre como el de un rico.

\*  
\*\*

Unas veces con mala y otras con buena fe, se ha hecho notar que los socialistas en general, y en particular los libertarios, no atacan, ó atacan poco, á las corporaciones religiosas. Esto que se explica fácilmente por el estado intelectual de los que se asimilan las nuevas ideas y que obedece á la simplificación del problema destinado á resolver, es objeto de extrañeza por parte de aquellos individuos y



de aquellos partidos que han tenido necesidad de combatir valerosamente contra la reacción clerical, que se oponía al establecimiento de las libertades políticas. Hoy el problema es más simple. Por una parte, pocos obreros y hasta pocos burgueses, son clericales; por otra, pocos clericales dejan de ser capitalistas. Las mismas comunidades religiosas son más temibles por su poder material, que por su poder espiritual.

La lucha necesariamente ha de establecerse en el terreno económico, porque los religiosos se han vuelto comerciantes desde que el dinero venció á la fe, y los comerciantes perdieron la suya desde que es una concurrencia del mercado y que, como todo lo que en él concurre, sufre las oscilaciones de la oferta y la demanda.

El jesuitismo, por ejemplo, es temible por la influencia que ejerce en los estómagos; no por el que ejerce en las almas. Su poder espiritual es menor que su poder financiero, y con toda su fuerza, menos, sin embargo, de lo que se cree, es, sencillamente, una manifestación de esta sociedad digna de muerte y que morirá con todas las partes que la constituyan y el jesuitismo con ellas. Así, pues, combatiendo la base social, se combate, no ya á los capitalistas jesuitas, sino también á los judíos y á los que, siendo únicamente capitalistas, son, sin embargo, de igual condición que los otros.

Ocurre que en las luchas sociales hay fuerzas activas y fuerzas pasivas. La de los jesuitas y, en menor grado, la de todas las comunidades religiosas, es de las últimas. El jesuitismo lucha, pero lo hace en favor de sus intereses particulares; no de los intereses del catolicismo.

Además, el jesuitismo tiene el valor que le da la gente. Los antiguos revolucionarios veían por todas partes agentes secretos; los de hoy vemos jesuitas por doquier. No quiere esto decir que no sean temibles, sí, que no lo son tanto como se cree, y que lo serían menos si descontáramos el que les da la fábula y el temor irracional que se les tiene. Esto es quizá su única fuerza positiva.

Ahora el jesuitismo se dedica á cultivar la prensa, y entre las acciones que posee y la protección que dispensa á cuatro jóvenes vencidos en las luchas por el ideal, ejerce en ella alguna influencia. Pero, ¿constituye esto una potencia? ¿Se puede fundar un poder sobre las inteligencias que se venden? ¿Qué religión podrán abonar los obreros que oyen misa por dos pesetas y que comulgan por quince? Ninguna, como no fundarán estado intelectual los jóvenes que consultan al padre Sanz, porque el padre Sanz les protege.

No vayáis á buscar inteligencia ni fortaleza donde falta ideal.

Los poderes religiosos no han de temer á los políticos, en primer lugar, porque son muy poco religiosos, y en segundo término, porque las reformas políticas respetan la propiedad más importante de las comunidades religiosas, ya que éstas, ejemplándose en la historia, tienen sus caudales invertidos en la propiedad privada, á donde no llega la piqueta de los que son anticlericales *exclusivamente*.

Si *nadie ni nada* recordara el culto, y si, sobre todo, no lo recordaran los capitalistas religiosos con una moneda en la mano cuando mayores son los apuros, pocos hallarían á faltar la religión, porque no tiene, como las verdaderas necesidades, sitios en nuestro cuerpo, *ni en nuestro cerebro*, digan lo que quieran los que, para ser buenos, necesitan premios.

Bien hacen, pues, aquellos que combaten al capitalismo internacional, hállese



en poder de católicos, protestantes ó ateos, y bien hacen los sociólogos dando preferencia á la cuestión social, pues en último extremo, y no falta mucho para llegar á él, la sociedad se dividirá en pobres y ricos y no en creyentes y herejes.

El mundo *ese* sólo cree ya en el dios oro.

FEDERICO URALES.

---

## Inclinaciones habituales ó pasiones

---

La existencia humana se determina por las necesidades inherentes á la propia naturaleza, las cuales se multiplican en el transcurso de la vida, desenvolviéndose artificialmente.

La satisfacción de todas estas necesidades naturales ó artificiales constituyen el fondo de los aspectos de la actividad humana, la cual no es más que la expresión del sentimiento de conservación por la manera de ser del individuo.

Las necesidades hicieron nacer en los hombres el deseo de satisfacerlas; y cuanto más apremiantes son aquéllas, más urgente y vivo es el deseo nacido de las mismas.

Una necesidad que no se deja sentir fuertemente, excita de ordinario un deseo muy débil de su satisfacción.

La ausencia total de necesidades y deseos no se concibe más que en los muertos.

La manera de obrar de cada uno depende de las condiciones sociales de la vida y de la diferencia de caracteres que se forman por la instrucción y por la influencia del medio ambiente en que se vive.

El carácter que hace obrar á cada cual de la manera que le es peculiar, engendra las inclinaciones ó hábitos que van creando paulatinamente en el individuo una segunda naturaleza.

Estas inclinaciones habituales no son más que atracciones ó impulsiones hacia la satisfacción de necesidades ó á la realización de aspiraciones emanadas de las mismas.

Las inclinaciones del hombre son el resultado inevitable de sus necesidades, que le empujan á buscar los medios de satisfacerlas de una manera cómoda y apropiada á las circunstancias.

De donde se deduce que todas las inclinaciones y modos de obrar del hombre son las manifestaciones de sus necesidades, que se multiplican cuando son satisfechas como corresponde, que se desnaturalizan cuando son mal comprendidas y desviadas, y que, por fin, se pierden por falta de satisfacción.

De modo que las inclinaciones humanas vienen á ser los resortes que hacen mover á los seres vivientes al objeto de que cumplan sus respectivos destinos. Caeiéndole de tales resortes el hombre, no podría obrar ni vivir. Estas disposiciones naturales, como todas las fuerzas de la naturaleza, no son en sí ni buenas ni malas: son inconscientes completamente en la producción del bien ó del mal. Causan su efecto, según las circunstancias y la forma de aplicación y dirección que se les marca ó que ellas toman en la vida social.



Vano intento es querer deducir de una innata perversidad las inclinaciones humanas, cuyo origen es bien conocido.

Sólo la medicina puede explicar las condiciones de salud del cuerpo humano, y únicamente la sociología es la llamada á demostrar cuáles deben ser las condiciones científicas indicadas para asegurar la salud del cuerpo social.

Lo que en sociología se denominan *inclinaciones* (que se manifiestan por los diversos modos de ser y de obrar) se llaman comunmente *pasiones*.

La denominación de *pasiones* se toma vulgarmente en sentido subjetivo en vez de tomarse en la acepción objetiva, determinada por el estado social en que el individuo se encuentra.

Según los teólogos y moralistas, las pasiones son manifestaciones de una naturaleza diabólica. Llevados de estas aberraciones se imaginan que las pasiones no son motores indispensables y naturales de la vida, como son en realidad, sino que las presentan como plagas pestilenciales, que deben ser radicalmente extirpadas para bien de la humanidad. Se hace de las pasiones una idea monstruosa cada vez que se encuentran en presencia de un individuo cuyas necesidades no son satisfechas y que se deja arrastrar por su impetuosidad natural hacia los actos más violentos para atender á sus ardientes y desenfrenados apetitos.

El método practicado por los moralistas y teólogos para la extirpación de las pasiones *subversivas*, es absolutamente ilusorio, puesto que deja subsistir la causa permanente de todos los crímenes, que no es otra que la organización viciosa de la sociedad.

VICENTE MARCH.

## Sección extranjera

### EVOLUCIÓN DE LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL <sup>(1)</sup>

#### II

Mencionada al vuelo la cuestión del libre albedrío y sentado que la escuela positiva de derecho penal, en todas sus fases, rechaza aquella hipótesis por absurda como base moral de la imputabilidad humana, volvamos á las premisas de la antropología criminal que, tomando como objeto de sus estudios al delincuente, lo estudia en su organismo psico-físico con relación á la naturaleza del agente exterior.

En este estudio objetivo de patología moral, que no indaga los secretos de la psiquis enferma, pero que compulsa y busca las causas de la vida fisiológica y escruta las perversidades y las degeneraciones, las protuberancias y las deficiencias patológicas del cuerpo humano, en su desmesurada variedad de formas y desviaciones del tipo normal medio, que representa la espina dorsal de la estructura

(1) Lección de criminalología social explicada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en el presente curso académico.



dominante en una época dada; en este febril sondeo de la ciencia á través de los huesos y de las carnes del hombre, para encontrar las causas de sus enfermedades morales y de los fenómenos de sus dolencias físicas, sin duda alguna de orden fisiológico atávico-social; en esta labor incesante de las inteligencias laboriosas que se afanan para saber el *por qué* misterioso de la existencia de la satisfacción y del dolor, del genio y de la locura, de la abnegación y del delito, en todo esto tan magno hay una corriente de estudios gallarda y fresca que no dejará de proporcionar grandes beneficios á la civilización.

El camino experimental y positivo que se creía exclusivo de las ciencias naturales, invade y conquista el camino de las ciencias sociales, morales y filosóficas.

Desde que el alma humana dejó de ser un soplo sobrenatural para contentarse tal cual es, una maravillosa y natural emanación de la vida física, en sus variadas sensaciones y aptitudes y estrechamente ligada á la comunidad de las leyes y de los fenómenos orgánicos, desde que esto ha acontecido la ciencia se apoderó de ella arrancándola de las contemplaciones místicas y de las visiones de ultratumba para llevarla al mundo real que vive, se agita y se desarrolla siguiendo las transformaciones de la materia, de la cual el espíritu humano no es otra cosa que la excelsa vibración consciente.

De esta nueva filosofía de la vida, los revolucionarios de la criminalología adquirieron fuerza para sostener el nuevo camino, contra la opinión de los sofistas, dogmáticamente pegados á la tradición y al inmóvil *ipse dixit*. Sólo que, como sucede en todas las heterodoxias, la antropología criminal tuvo su período de exageraciones que llegaron muy cerca del dogma, y después de haber representado una saludable reacción del pensamiento científico contra las elucubraciones doctrinarias y aprioristas de la escuela clásica del derecho penal, empezaron á polarizarse hacia una nueva concepción del delito, circunscribiendo la infinita cadena de las causas criminógenas, al solo factor antropológico, y olvidando casi que, si al ambiente externo corresponden acciones diversas, según las diferentes naturalezas individuales que modifican las fuerzas exteriores por la mayor ó menor resistencia fisio-psíquica del agente, no quiere decir que el génesis del delito deba encontrarse únicamente en el individuo que delinque, sino en sus impulsos interiores combinados con los del ambiente que le rodea y que obra poderosamente sobre sus actos, determinando coactivamente la voluntad. Por una de aquellas oscilaciones que en la historia del pensamiento colectivo recuerdan las del péndulo, á la exageración que concretaba la criminalología al estudio casi exclusivo del delito, sucedió el estudio casi exclusivo, también del delincuente, como persona aislada y separada del mundo cósmico moral y social.

Olvidando que no hay causas únicas, aun en los fenómenos más simples de la vida, sino un sinnúmero de ellas, la antropología criminal amenazaba invadir el campo de las nuevas investigaciones científicas, como si las funciones de la ciencia del delito y de su génesis debieran limitarse al examen antropométrico y á las indagaciones aprioristas (ya que alguna vez hay apriorismo también en la unilateralidad de un principio positivista), sobre el tipo del delincuente y sobre la clasificación del mismo en las anomalías orgánicas; y como si no hubiese necesidad en este complicado fenómeno de patología social, de dejar á cada ramo de la ciencia, y, principalmente, á las indagaciones sociológicas experimentales, que expliquen la propia actividad, completándose recíprocamente en el estudio del



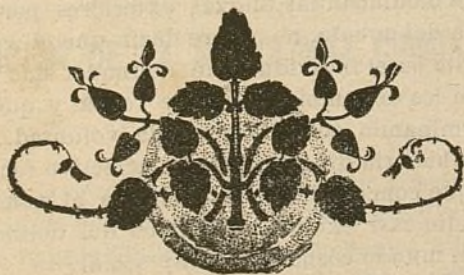
delito y del delincuente. Y la herejía echó raíces en el seno mismo de la nueva escuela, sin por esto renegar de los principios fundamentales por los cuales la revolución se había afirmado en criminalología y debía nuevamente conducir á la triste ciencia del delito y de sus causas, á más vasta contemplación de cosas y de hechos, al escudriñar los turbios é infinitos horizontes del crimen. Del mismo seno de esta exageración antropológica surgió la doctrina criminalológica que se basa sobre el sólido método experimental avalorando su tesis con los argumentos inductivos de la filosofía positivista, fijos los ojos en el principal actor de la trágica escena criminal, es decir, en el delincuente, busca sin embargo abrazar todas las líneas complejas del vastísimo drama y descubrir las razones que enlazan el ambiente con el protagonista, obrando directa ó indirectamente sobre su voluntad y sobre sus acciones instintivas.

Ella obtuvo, por la señalada teoría de los recursos científicos, el ambiente externo como factor principal del delito, merced á influencias pervertidoras que constituyen hasta el caso antropológico que resulta de un efecto fisio-patológico de origen social.

La vuelta atavística de los caracteres degenerativos del hombre salvaje en medio de la civilización moderna, con los impulsos ferinos de las razas primitivas que ahogan el sentido moral, detenido en su desarrollo por la degeneración fisiológica, no es á su vez sino un producto *del lento proceso de nutrición orgánica, ó de alcoholismo crónico, ó de atrofia moral é intelectual por exceso de fatiga, ó una cualquiera de aquellas iniquidades ó imprevisiones sociales, que después de haber flagelado y embrutecido á los padres, renace en los hijos, con el estigma trágico de las predisposiciones criminosas.*

PEDRO GORI.

(Continuará).



Suplicamos á nuestros colaboradores nos dispensen si no ven publicados sus trabajos tan pronto como desearían. *Todos* se publicarán por riguroso turno. Desearíamos, sin embargo, que los escritos fuesen más cortos, particularmente los de aquellos que escriben para la *Tribuna del Obrero*, al objeto de evitar se aglomere demasiado original en esta Redacción y de atender los deseos de mayor número de trabajadores.



## Miguel Bakunin

Al emprender el trabajo de componer la biografía de Bakunin, hallo esta afirmación que lanza Urales á propósito de la de Tolstoï: «Todos los revolucionarios rusos son místicos.»

Como la revolución es el único medio de salir de este pantano de injusticias en que la humanidad se halla sumida por no haber seguido racionalmente la vía recta del progreso, y, por tanto, como el título de revolucionario equivale al de salvador, y éste es tan digno de aprecio como despreciable es ya el de místico, su antagónico, con el fin de fijar exactamente los términos, recurro al Diccionario para dar á la palabra su valor preciso, y hallo: «*Misticismo*: doctrina religiosa ó filosófica que enseña la comunicación inmediata y directa entre el hombre y la divinidad.» «*Místico*: la persona que se dedica mucho á Dios ó á las cosas espirituales.» Dadas estas definiciones, que son las verdaderas, no porque lo diga la Academia, sino porque así entiende esas cosas todo el mundo, y las palabras no pueden tener la significación arbitraria que quiera darles un pensador, las comparo con la siguiente afirmación tomada de un discurso de Bakunin en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, celebrado en Berna en 1868, repetida en no menos enérgicos términos en todos los escritos de mi biografiado: «No á la ligera, ni bajo la inspiración de un sentimiento caprichoso y frívolo vengo aquí á combatir la religión; lo hago en nombre de la moral, de la justicia y de la humanidad, cuyo triunfo sobre la tierra será imposible, mientras ésta se halle aterrorizada y gobernada por los fantasmas religiosos... Tengamos el valor de ser lógicos y sinceros, y no vacilemos en proclamar que la supuesta existencia de Dios es incompatible con la dicha, con la dignidad, con la inteligencia, con la moral y con la libertad de los hombres. Si Dios existe, mi inteligencia, por grande que pueda concebirse, mi voluntad, por poderosa que sea, son nulas ante la voluntad y la inteligencia divinas. Ante Dios, mi verdad es una mentira; mi voluntad, la impotencia, y mi libertad, una rebeldía contra su omnímodo poder. Él ó yo: si existe, debo anularme; si se digna enviarme profetas para revelarme su divina verdad, incomprensible siempre á mi inteligencia; sacerdotes para dirigir mi conciencia, incapaz de concebir el bien; reyes ungidos por su mano para gobernarme y verdugos para corregirme, les deberé una obediencia de esclavo. Pues quien quiere Dios, quiere la esclavitud de los hombres. Dios ó la indignidad del hombre, ó bien la libertad del hombre y la anulación del fantasma divino. Este es el dilema: no hay término medio; escoged.» Y concluyo: Bakunin, aunque revolucionario nacido en Rusia, no es místico. Bien hará Urales en rectificar sus ideas sobre este asunto.

Bakunin, prescindiendo de los accesorios de tiempo y de lugar en que encuadrara su existencia, y considerándole en aquello que caracteriza y distingue esencialmente su pensamiento y su acción, es cosmopolita, como Moisés, como Sócrates, como Pablo después de lo de Damasco, como Francisco de Paula, como Galileo, como Miguel Angel, como Cervantes, como Blanqui, como lo son todos aquellos que, por la libertad, por la teosofía, por la religión, por la filosofía, por la



caridad, por la ciencia, por el arte, por la literatura, por la revolución ó por cualquiera otra de esas concepciones universales que parten de un juicio sintético sobre el universo y sobre la humanidad, sienten sobre su frente el fuego de la inspiración y tienen la sublime osadía de lanzarse á lo absoluto.

Claro está que esos hombres-guías tienen sus debilidades de carácter humano: hasta los místicos, que forjaron la figura del hombre-dios, le presentan cobarde y temeroso en el Huerto de las Olivas, pidiendo al Padre que aparte de sí el cáliz de la pasión, y luego, en la cruz, se queja de su abandono. Además, todo el mundo reconoce que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, cuando le tienen. Por eso se toma de ellos únicamente su grandeza excepcional, sin contar para nada lo que pudieran tener de común con Juan Cualquiera.

Los que alcanzan el insigne honor de poseer personalidad con pensamiento propio y no toman del caudal de conocimientos humanos más que lo necesario para robustecer su juicio y dar forma y vida á sus concepciones, dejando á un lado como escoria vil los errores que constituyen el pasto intelectual del vulgo, no son vasallos, súbditos ó ciudadanos de una nación cualquiera; su propio valer les exceptúa de esa especie de solidaridad para lo malo en que viven sus contemporáneos sometidos al yugo del dogma, de la ley y de la costumbre; de esa innoportable pasividad en que, abdicando del sentimiento y de la razón, vegetan las gentes que tranquilamente se dejan dominar por los que dirigen las Iglesias, los Estados y las Academias y á quienes explotan á su sabor los usurpadores de la riqueza pública. Antes al contrario, aquellos hombres eminentes acaban por imponerse á todas las Iglesias, á todos los Estados y á todas las Academias, y cuando esas entidades desaparecen ó se transforman ó sufren las peripecias que por los cismas, los progresos científicos, las guerras, las conquistas ó las revoluciones consigna la historia, ellos siguen ejerciendo positiva influencia y se hallan en disposición de continuar ejerciéndola en lo porvenir, y cuando en siglos futuros se trate de otro porvenir remotísimo, sus nombres tendrán aún valor de presente y serán una gloria por la gratitud y la admiración de las generaciones á la vez que un ideal y una esperanza.

Sólo quienes viven de rutinas, de preocupaciones, de convencionalismos; los que acatan sin discernimiento ni examen las ideas de bien y de mal consignadas en los códigos, en los catecismos y en los tratados de urbanidad compuestos por falsos y tiránicos mentores, sólo esos, que por desgracia son tantos que por ello y por su igualdad en la abyección y en la ignorancia merecen ser llamados *la masa*, son los nacionalistas y forman parte de esos grupos de millones y millones de hombres que pasaron y pasan anónimos, sin personalidad definida, dejando sólo obras de carácter colectivo, destacándose entre ellos aquí, allá y de tiempo en tiempo algunos nombres que brillan como estrellas de mínima magnitud, ofuscados por los vívidos resplandores de los soles del pensamiento.

\*  
\*\*

Nació Bakunin en Torschok, gobierno de Tower. Hijo de un rico propietario y descendiente de una familia de la más encumbrada aristocracia, su ilustre origen y sus excepcionales aptitudes le permitieron ingresar en la privilegiada carrera de las armas, pasando en edad temprana con el grado de alférez y el cargo de abanderado á la guarnición de las sometidas provincias polacas.



Cuando vió que la nobleza de su alcurnia, su honor individual y su porvenir estaban en abierta oposición con la dignidad y la dicha de los habitantes de aquel país, y pensó que sus ascendientes, su propio sér y hasta su descendencia eran instrumentos de brutal opresión, y consideró además que no tenía más misión que desesperar á los pacientes y matar á los rebeldes, y que en pago de semejante tarea, si podía contar con ascensos, tendría siempre las censuras de su conciencia y las maldiciones de sus víctimas, se horrorizó de sí mismo, aborreció á sus protectores, abominó del medio en que se le colocaba para vivir, y dimitió su empleo de oficial del ejército. Libre por ese acto de independencia, fué, según la frase de un biógrafo, á estudiar la ciencia á Berlín y la revolución á París.

En Berlín se adhirió con entusiasmo á las doctrinas de Hegel y formó parte de la Joven Alemania; en París se relacionó con los revolucionarios que en aquella época formulaban como verdaderos apóstoles el credo democrático, libre aún de las impurezas y sofisticaciones con que le ha manchado después el oportunismo republicano-gubernamental, nefando recurso de gobierno que es como una concesión hecha al crimen y al absurdo, que se funda, por una parte, en el respeto á los intereses creados, aunque signifiquen una usurpación, y por otra, en la incapacidad intelectual en que sistemáticamente se ha obligado á vivir á los despojados.

En Zurich tomó parte activa en los trabajos de las asociaciones socialistas. Vuelto á París, fué de allí expulsado á petición del Gobierno ruso, y se dirigió á Bruselas, donde cultivó sus relaciones con todos los revolucionarios, por medio de su sistema epistolar, que constituye su principal riqueza literaria y que formaría numerosos volúmenes, llenos de sabiduría y bellísimas concepciones, si fuera posible salvarle de su obligada dispersión. Hallóse en París durante las jornadas revolucionarias del 48; siempre agitador y organizador, pasó á Praga, á Berlín y por último á Dresde, y allí se puso al frente del movimiento insurreccional que, después de efímero triunfo, fué sofocado, cayendo mi héroe en poder de las tropas en Koenigstein, donde, juzgado por el consejo de guerra, fué condenado á muerte en Mayo de 1850, cuya pena se le conmutó por la de prisión perpetua.

El Gobierno austriaco reclamó después el preso para juzgarle y castigarle por las insurrecciones intentadas en sus dominios, y la reclamación fué atendida por el prusiano. Sometiósele, pues, á nuevo consejo de guerra, que también le condenó á muerte; pero el ruso reclamó á su vez al infeliz condenado, y también se dió satisfacción á la demanda.

Por orden del czar, debida sin duda á poderosas influencias, Bakunin fué destinado al ejército del Cáucaso en calidad de soldado raso.

Utilizando entonces el castigo que se le infligía, Bakunine transformó su tienda de soldado en foco de propaganda revolucionaria.

Una noche de Agosto de 1852, en la ribera del Tchechna, en Daghestan, en el campamento de Bariatinsky, general en jefe del ejército ruso que operaba en el Cáucaso contra los rebeldes que Schamyl había llamado á las armas para rechazar la tiranía moscovita, en el interior de una tienda que en nada se distinguía de las otras, se hallaban materialmente apiñados unos treinta hombres de todas las armas y de diferentes grados, que escuchaban con veneración y entusiasmo á un joven que ostentaba los caracteres de una vejez prematura, debidos á la gran-



deza del pensamiento, á la energía de la pasión, á los peligros vencidos, á los sufrimientos experimentados; aquel joven extraordinario, un soldado raso, era Miguel Bakunin, quien, terminada su conferencia, hizo saber á sus oyentes que entre ellos se había deslizado un traidor que había descubierto sus trabajos, por lo que, probablemente, la mayoría de los presentes y él mismo se verían forzados á cambiar el campamento del Tchechna por las heladas soledades de la Siberia, exhortándoles al mismo tiempo á confiar en la Revolución y comunicándoles estas líneas que su amigo Herzen le había dirigido secretamente desde Francia: «Es preciso extirpar radicalmente toda vana esperanza, toda ilusión falaz, sometiendo al tribunal incorruptible de la razón. La libertad será una palabra sin valor positivo mientras todo lo religioso y político no sea sencillamente humano y no quede, por tanto, sometido á la crítica y á la negación.»

Pocos días después, en efecto, la mayor parte de aquellos revolucionarios formaban una cuerda y se dirigían al presidio polar, llevando consigo un ideal y una fundada esperanza.

Cinco años duró el cautiverio de Bakunin. Grande debía de ser la influencia de su familia cuando el autócrata permitió la atenuación de la pena del condenado, que fué admitido como escribiente en las oficinas del gobernador.

De allí se escapó Bakunin, logrando un éxito rayano en lo imposible, único tal vez en el mundo en lo pasado y en lo porvenir, consistente en recorrer las inmensas regiones árticas del Asia, á pie, donde todo es hostil á la vida humana: selvas vírgenes, heladas estepas, escabrosas montañas, fieras hambrientas, frío insufrible; sin más guía que su valor, su inteligencia, su fuerza hercúlea, su energía de apóstol. Allí, solo, á centenares de leguas de toda vivienda humana, en lucha con el mundo, trocando el significado de los términos, debilidad y fuerza, puesto que él, en su pequeñez individual, resulta vencedor, y el mundo, con sus grandezas, queda vencido, se ofrece á la fantasía como el genio de la libertad enseñando á todos los oprimidos que el poder de la tiranía y del privilegio es nulo ante el indomable esfuerzo que lleva consigo la idea hecha voluntad. Aquella preciosa vida, sometida á tan rudas contradicciones que el héroe hollaba con firme planta, sustentaba aquel cerebro que era como el arca santa de la libertad.

Al admirar tan tremenda hazaña, con entusiasmo que hace temblar la mano que sostiene la pluma con que escribo y arrasa de lágrimas mis ojos, siento gratitud inmensa hacia aquel filósofo mártir, y me conforta la esperanza de que sus trabajos son cimientos indestructibles de la sociedad libre y justa que nos promete el progreso.

Llegado á las costas del Pacífico, sano, firme, templado, como si lo que acababa de realizar no excediese de los límites de un mediano *sport*, tomó pasaje en un barco ballenero, pagando con sus servicios y con su inspirada palabra, y arribó á San Francisco de California. Pasó corto tiempo en los Estados Unidos, donde se ganó la vida enseñando idiomas y matemáticas, volviendo á Europa y fijando por entonces su residencia en Londres, después de haber dado la vuelta al mundo, realizando así aquella inconcebible odisea revolucionaria.

Lejos de agotar su extraordinaria energía, dedicóse con nuevo ardor á la propaganda de su ideal. Recorrió después, y siempre con el mismo objeto, varias poblaciones de Europa, y cuando el movimiento insurreccional de Polonia en



1863, intentó, sin éxito, levantar los aldeanos de Lituania contra el czar. Tampoco consiguió, aunque no por culpa suya, lanzar á la revolución la Sociedad Tierra y Libertad, que bajo sus auspicios se fundó en Rusia y países por ella dominados. Frustradas esas tentativas, se dirigió á Italia con el propósito de organizar los antiguos elementos revolucionarios, pero habíales ganado la indiferencia y el escepticismo y no pudo conseguir nada de provecho; sin embargo, fundó en Nápoles, en unión de Caffero y algunos pocos que permanecieron fieles á las convicciones honradas, el periódico *Libertad y Justicia*, digno continuador del *Kolokol*, que antes fundara con Herzen y Ogareff.

Formó parte de la Asociación denominada Liga de la Paz y de la Libertad, con el intento de impulsar á los demócratas burgueses que la constituían por la vía francamente revolucionaria, y asistió al Congreso de dicha Asociación celebrado en Berna en 1869; pero las preocupaciones y los escrúpulos reaccionarios allí dominantes le obligaron á separarse de ella, lanzando una protesta que ha quedado como la marca infamante que acusa la incapacidad progresiva á la democracia universal. Hela aquí:

«Considerando que la mayoría del Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad se ha declarado, apasionada y categóricamente, contra la igualdad económica y social de las clases y de los individuos, y que todo programa y toda acción política que no tenga por objeto la realización de ese principio no pueden ser aceptados por demócratas socialistas, esto es, por los amigos lógicos y convencidos de la paz y de la libertad, los que suscriben creen de su deber separarse de la Liga.»

Precedió á esta declaración y á la votación consiguiente un discurso de Bakunin, del que entresaco los siguientes conceptos:

«Todos los que nos hallamos aquí reunidos no somos reyes, ni gobiernos, ni representantes de la burguesía. No tenemos ni debemos tener interés opuesto al de los trabajadores. Estamos reunidos en nombre de la paz y de la libertad, no para negociar con los trabajadores ni para engañarlos ni explotarlos, sino para proclamar los principios que puedan asegurar la paz, la libertad y el bienestar de los hombres. No les debemos concesiones, sino justicia... ¿Queremos como ellos, con ellos, francamente la igualdad económica y social, ó lo que en lenguaje burgués se llama el mejoramiento de la condición de los obreros?... Y digámoslo claro... Si, como mercaderes de mala fe, vendemos partículas de justicia, los trabajadores no querrán de nuestra mercancía ni de nosotros...»

No sé con qué argucias saldrían del paso los retóricos de la democracia. Castelar se hallaba presente, y hablando de ello un día, inspirado en su terror ratonil y en su odio irreflexivo á todo lo que reúne y amalgama en su fantasía con el nombre de socialismo, presentó como un monstruo capaz de devorar el orden social al «¡bárbaro comunismo moscovita!» é hizo con espanto la descripción de un gigante vestido de mujik que ostentaba lengua barba, melena de león y facciones reveladoras de poderosa energía.»

\*  
\* \*

La minoría del Congreso de la Liga de la Paz de Berna formó la Alianza de la Democracia Socialista, agrupación destinada á impulsar el estudio de la sociología y á activar la agrupación y organización de los trabajadores. Sus afiliados se



comprometieron al sacrificio de sus privilegios para la realización de sus ideales, y sugestionados por el ejemplo y por la elocuencia de Bakunin, en sesión solemne arrojaron al fuego cuantos títulos y documentos poseían acreditativos de sus grados académicos y privilegios de toda clase.

A partir de este momento, la vida de Bakunin sale del período brillante para entrar en otro más tranquilo y fructífero. Antes, impulsado por su bravura y sus convicciones, emprendió las más atrevidas aventuras; desde aquí sólo se ocupó en dar el fruto de su poderosa inteligencia al nuevo factor revolucionario creado con la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La creación de aquella Asociación fué para Bakunin como la revelación de un mundo. Tuvo antes como colaboradores de su obra la juventud procedente de las clases privilegiadas que aún conservaba nobleza de sentimientos y razón libre de preocupaciones de clase. Después vió que la última capa social, aquella á quien parecía preciso emancipar á pesar de su inconsciencia, se emancipaba de hecho y de derecho por sí misma y tomaba por cuenta propia la realización de sus propósitos de justicia social; vió que muchos obreros, á pesar de sus privaciones y de la falta de condiciones regulares en que vivían, se agigantaban hasta las cumbres de la inteligencia, como lo atestiguaba la prensa obrera y los Congresos internacionales, y esto, no sólo confirmó sus convicciones, sino que además robusteció sus esperanzas.

Marx vió con desagrado la intervención de Bakunin en la Internacional, que juzgó peligrosa para sus propósitos, y aquel desagrado frente al prestigio del que consideraba como su competidor, produjo una escisión que anticipó los resultados del autoritarismo marxista.

No me toca historiar aquellos sucesos ni juzgar sus consecuencias; me limito á consignar el hecho.

Bakunin fijó su residencia en Ginebra en 1869, desde donde activó vigorosamente la propaganda. Trabajó en *L'Egalité*, de Ginebra, y en *Le Progrès*, de Locle, y asistió como delegado al Congreso de Basilea en 1869. En aquel Congreso, que señala el apogeo de la Internacional, Bakunin se mostró el apóstol del colectivismo, doctrina que ha tenido la poca fortuna de ser desprestigiada por los que se han valido de su nombre para ocultar una forma nueva de individualismo, y también por los que han necesitado anularla para que á sus expensas brillara el comunismo. Para que los sinceros y desapasionados formen juicio exacto, cito este pasaje de su discurso en el citado Congreso:

«El hombre más extraordinario, si hubiese vivido desde su infancia en un desierto, nada hubiera producido. La propiedad individual no ha sido ni es más que la explotación y la apropiación individual del trabajo colectivo... La concesión de la propiedad al individuo es una pura ficción; ha sido obtenida en su origen por las armas, por la conquista, por la brutalidad; después por la venta y compra, que no son en sí mismas sino brutalidades enmascaradas... Todo trabajo productivo es, ante todo, un trabajo social, necesariamente colectivo, y el trabajo que impropriamente se llama individual es también un trabajo colectivo, puesto que él sólo es posible, gracias al trabajo de las generaciones pasadas y presentes.»

Obligado por las insidias de la policía se retiró á Locarno, y desde allí partió para Lyon, en cuya ciudad tomó parte en el movimiento comunista.



Poco tiempo después se retiró á Berna y allí murió en 1.º de Julio de 1876.

Tal fué Bakunin: inteligencia poderosa, voluntad ilimitada, energía indomable. Filósofo, economista, guerrero, poeta, no podía acomodarse á esa filosofía dominante, criminal por sus crueles efectos, ridícula por sus necios fundamentos, según la cual la evolución y la transformación progresiva de los periodos históricos no son más que simples variaciones en la manera de efectuarse la iniquidad social. Eso lo confundía él en su desprecio con el famoso «valle de lágrimas» de los cristianos, y trabajaba por un ideal de justicia y de felicidad perfectamente definido y concreto, que es el resultado racional del curso que lleva la humanidad, que expresaba en estos términos:

«Después de la antropofagia vino la esclavitud; á continuación la servidumbre de la gleba; después el salariado, al cual debe poner término el día terrible de la justicia para entrar definitivamente en la era de la fraternidad.»

Bakunin es muy poco conocido en la actual sociedad, que olvida sistemáticamente á los grandes hombres y eleva estatuas á medianías, á quienes antes dejó perecer de hambre. Se comprende: atacaba con rudeza muchos intereses ilegítimos é infinidad de preocupaciones arraigadísimas.

Si se tratara de buscar una analogía conocida de todo el mundo para comparar á Bakunin, habría que recurrir á Jesús, á quien se asemeja muchas veces en el sermón de la montaña; nunca, cuando mandaba que se diera á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; menos, en el acto de profetizar que siempre habría pobres en el mundo; siempre, en aquel rasgo de indignación que le impulsó á arrojar á zurriagazos del templo á los burgueses de la época.

Termino afirmando que la obra de Bakunin es imperecedera; del mismo modo que la reacción conservadora es impotente. Y así como por atavismo reaparecen cada vez más degenerados y á más largos intervalos los tipos de especies ya desaparecidas, los pensamientos lanzados por los precursores de la verdad y de la justicia se encarnan cada vez más y con mayor intensidad en los que vienen después; por eso podemos congratularnos de ver sus efectos en todas las manifestaciones de la inteligencia humana, á pesar de la mala voluntad de los tiranos.

ANSELMO LORENZO.

Lectores: La victoria sigue á la fuerza; fuerza física, fuerza moral, fuerza intelectual. Si queréis que vuestras ideas imperen, procuraros fortaleza, saber, salud, y ofrecer después esta fuerza al ideal.

Lectores: Si queréis amar vuestra existencia y la de vuestros semejantes; si queréis tener ideales y amores é hijos fuertes y sanos, buid del aire enrarecido, poneos en contacto con los agentes naturales en cualquier época del año.

Lectores: Si no queréis caer en el misticismo embrutecedor, que desdén la vida, que busca el martirio y reniega de los goces, cuidad vuestro cuerpo con esmero.

Lectores: Si queréis ser enérgicos, buenos é inteligentes, no probéis bebidas alcohólicas.





# CIENCIA Y ARTE

## CIENCIA Y SOCIALISMO

Y para hacer más patente el origen social de los desarreglos cerebrales que sufre la especie humana, bueno será observar que los casos de locura aumentan á medida que los pueblos abandonan la vida natural para entrar en las costumbres febriles y de excitación nerviosa que produce la competencia por la vida, honores y riqueza, á que nos condena la explotación moderna, no la civilización moderna, como equivocadamente dicen algunos, cuya base es el engaño mutuo y cuyas consecuencias son la estúpida ley de Malthus, que se creía fuerte por la sencilla razón de que ningún débil de fortuna, pero fuerte de músculos, le había roto el alma invocando aquel mismo precepto que él invocaba para burlarse de los pobres y que le dió celebridad entre los que aceptan un defensor cualquiera de sus privilegios, sin averiguar, porque no tienen capital intelectual para ello, los grados de justicia que alcanza el argumento que los abona, confiando siempre que, en último caso, la fuerza cuidará de poner de su lado la razón que les faltare.

Algunos de mis colegas, ni lo suficiente francos para poder decir la verdad á las clases altas, ni lo suficiente inteligentes para sacar deducciones de lo que ven en casa del pobre, ni lo suficiente estudiosos para hallar el mal en su origen, han atribuido á la civilización culpas que jamás ha cometido, porque no alcanzan á comprender que los frutos del progreso en esta sociedad son lo que el timón en manos inexpertas ó lo que los explosivos en poder de ambiciosos.

No tiene vuelta de hoja: donde la educación, las artes, la ciencia, la filosofía, etc., han echado raíces, las enajenaciones mentales aumentan, y al contrario, donde los hombres sólo se preocupan de sus aparejos de caza ó de pesca, de sus carneros ó de su simiente, á duras penas se registra un caso de locura.

Mr. Morea nos dijo ya hace algunos años que en la Nubia sólo había encontrado un enajenado. Mr. Aiblert, que recorrió la Abisinia en todas direcciones, no vió más que á dos idiotas. El doctor Williams, que durante doce años residió en China, ha escrito que en el Celeste Imperio son muy raras las enfermedades mentales, y los doctos que han hablado de la locura, en El Cairo y en Constantinopla observan que estas dos capitales, por la influencia europea, cuentan con algunos locos, aunque no tantos como las poblaciones de Europa.

En vista de tales datos y de pruebas tan fehacientes, á nuestros eminentes frenópatas se les ocurre combatir á la civilización como generadora de la locura, y dejan en paz á la explotación, causa única de esta vida de desespero y de excitación constante, que provoca la enajenación en sus múltiples fases.

La anemia cerebral, el recargo cerebral, la idiotez, son el resultado de la lucha gigante que el hombre sostiene con la sociedad para defender su existencia; y así como la degeneración física es el resultado de un esfuerzo corporal superior á



las fuerzas del individuo, la locura, que es también degeneración del cerebro, representa un esfuerzo intelectual mayor de lo que permite el órgano á cuyo cargo corre la misión de pensar. ¿Podemos culpar á la civilización de estos males, cuando ella, bien empleada, supliría las energías físicas del hombre y parte de las intelectuales, y evitaría el desgaste que actualmente se opera en la máquina humana y que produce las enfermedades que padecemos? De ninguna manera.

No son los proyectos ni las empresas la causa de la enajenación; son las contrariedades, las decepciones, los desengaños, los disgustos. Si un hombre cualquiera se propone llevar á término una maravilla de arte y no puede realizar su proyecto por falta de recursos ó por la competencia que los otros hombres le hacen, obligados por esta exigencia social que nos impulsa á defender nuestra vida perjudicando la de los demás, y si este hombre, al fin y á la postre, pierde la razón, no busquéis la causa de su locura en la empresa que se proponía realizar, sino en los obstáculos que en la empresa encontró, obstáculos siempre, siempre, exclusivamente sociales. La civilización nunca ha impedido nada; al contrario, lo ha realizado todo. En la sociedad y no en la civilización hallará quien busque con buena fe el origen de nuestros males. Por muchas cosas que se proponga el hombre, si las realiza, le producirán satisfacción, y ésta es parte á la salud, no á la enfermedad.

Las actuales condiciones sociales nos obligan: á sacudir el yugo de la tiranía económica ó política; á formar asociaciones contra las clases enemigas ó contra otras sociedades que procuran enriquecerse á costa de nuestra vida; á confeccionar leyes y reglamentos que cohiban la acción del individuo y perturben su tranquilidad; á ambicionar posesiones más elevadas, puesto que admite rangos; á conspirar contra el enemigo dominador ó contra la clase dominadora, ya que acepta el predominio de un individuo sobre muchos ó de una clase sobre otra; á padecer moralmente por lo que sufren los amigos, las personas queridas y nosotros mismos; á sufrir físicamente, porque se nos sujeta á un trabajo superior á nuestras fuerzas; y por fin, á estar en continuo sobresalto ante el temor y hasta ante el terror que nos produce la presencia de un semejante nuestro que, al trabajar por su bienestar, produce nuestra ruína y la de nuestros hijos. Y éstas y no otras son las causas de la enajenación mental. ¿Interviene para algo la civilización?

Y es que nuestros sabios, por no declararse enemigos del actual sistema social, ya que se sienten sin fuerzas para sufrir las consecuencias, andan detrás del sofisma y declaran que el mal de todos los males es la civilización, demostrando ya con esto que son víctimas de las actuales condiciones sociales, que nos debilitan el espíritu hasta el punto de hacernos negar la luz, como Pedro la negó por temor á los enemigos de su maestro.

DOCTOR BOUDIN.

## LA JUSTICIERA

### CUENTO

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz



de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo, fué un déspota fanático y sanguinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia á hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón. Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuido á fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura á hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de los rígidos antecesores. Todos habían faltado á su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen, la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad é integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría á los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reinado no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados; los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola con los infelices, pero inflexible con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó á un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el circo verdoso de feraces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado, de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos debían ser felices.

Las gentes del pueblo salieron á recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron á la plaza, frente á la iglesia, donde habían construido, con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó á todos los que tuviesen agravios ó quejas que exponer que se dirigiesen á la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres ó mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decían: «mi campo», «mis frutos.» La reina intentó reconciliar los mútuos intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba á retirarse cuando se apercibió que, por enmedio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba á un desgraciado harapos, delgado, livido, que todos á su paso saludaban con golpes é insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populacho, al



que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimem del sujeto á quien tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaron hacia el trono, y á un mismo tiempo pusieron á hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde muchos años ha, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos *limpia* nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le había llevado hasta allí, acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos.»

—¿Por qué tomas lo que no te pertenece?—le preguntó severamente la reina. —¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: «No robarás»?

Iba á contestar el desgraciado, y al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo hacer conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el haraposo un ser obstinado en el mal y decidió condenarle á tres meses de calabozo. Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte, la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar á un pequeño llano que dominaba la villa, vió á lo lejos un gentío inmenso que gritaba desaforadamente, persiguiendo á un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus persiguidores á la cumbre de una pequeña colina, á la luz de los últimos rayos del sol, la reina vió que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces que agitaban furiosamente.

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó á los pies de un caballo de los del regio cortejo, y los soldados avanzaron á contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo y al fijarse en él lo conoció; era el ladrón que tres meses antes había condeado. Entonces ordenó que lo levantaran y dirigiéndose á los perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable; el griterío fué tal, que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba á repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

—¿Preguntas cuál es el crimen de este hombre? Pues es el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vió que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto grosero, con barba hirsuta, canosa, y tez tostada por el sol; con algo de desdén le dijo:

—Explicate, buen hombre.

—Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este, por orden tuya, fué encerrado en un calabozo; durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro: el martirio de la falta de la libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerlos. Entonces



el furor enloqueció á este desgraciado, y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que le llevó hasta tu tribunal. He ahí por qué esas gentes le persiguen; he ahí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Luego yo no hice justicia!

El viejo pastor la oyó y dijo:

—Nadie puede administrar justicia á otro, y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho á ser justiciera, puesto que contribuyes á perpetuar el mal.

—¿Yo?—preguntó con viveza.

—Sí, tú; porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende á los poseedores de la riqueza; la que protege los opulentos que te rodean; á los tentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejastes de pensar, cuando te presentaron á este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigastes diciéndole que nadie tenía derecho á apoderarse del bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha porque ha causado la muerte de tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad é impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inícu y cruel de los segundos; la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie á tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: «A buena hora.»

BERNARD LAZARE.

Traducción de A. LÓPEZ.

## REVISTA DE REVISTAS

**Criminalología Moderna.**—(Buenos Aires. Diciembre.)—El número 2 de esta importante Revista que dirige Pedro Gori, dedicada exclusivamente, como su nombre lo indica, á la criminalología moderna, es interesantísimo, sobre todo para los que quieren estar al tanto de los descubrimientos que la ciencia hace respecto de este asunto latente, moral y jurídicamente hablando, ya que está en entredicho la responsabilidad consciente ó inconsciente de los llamados hasta aquí criminales. En la imposibilidad de detallar las bellezas de cada trabajo que inserta, pues el espacio de que disponemos es limitadísimo, después de consignar de paso que publica los retratos de los principales héroes y delincuentes del proceso Dreyfus, hablaremos del trabajo que para nosotros reviste más importancia y es el titulado *Delitos contra la libertad*, en el cual, con el lenguaje de la verdad,



Pedro Gori examina las pretensiones de los Gobiernos que querían llegar á un acuerdo internacional para la persecución de los anarquistas. En brillantes párrafos reseña la historia de la humanidad, haciendo resaltar que siempre ha habido perseguidores y perseguidos, sin que se conociera la idea ácrata. Añade que la historia, para quien sepa entenderla sin apasionamientos y aplicarla sin prejuicios á los hechos de la vida moderna, presenta una gran cantidad de atentados que hoy serían calificados de anárquicos, ya que es este el barniz de moda, tanto para los que quieren perseguir como para los que desean ser perseguidos, y que, sin embargo, tomaron los nombres correspondientes á las doctrinas de los partidos entonces proscriptos y á los cuales se trataba de exterminar, haciendo extensiva á todos la responsabilidad de hechos cometidos por uno solo ó por pocos individuos. Hace notar que siendo diversos los sistemas políticos, toda legislación internacional, y aun los simples acuerdos diplomáticos para la represión de aquellos delitos, resultan absurdos é ineficaces en la práctica. Como demostración de lo dicho pone algunos ejemplos. Un republicano ruso conspira contra el poder del czar; descubierto se refugia en Francia y el Gobierno moscovita lo condena á la horca, en rebeldía. Ahora bien: ¿con qué pretexto jurídico podría la Francia republicana entregar este hombre al Gobierno imperial, que lo ejecutaria? No podría castigarlo por pretender introducir en Rusia la misma forma de Gobierno que domina en Francia. Y vice-versa de éste, reseña otros ejemplos que condenamos diciendo que un régimen republicano puede no perseguir como delitos aquellos actos que un Gobierno monárquico persigue, y bajo un régimen despótico ó absoluto, pueden ser considerados como gravísimos hechos perfectamente lícitos para un Gobierno constitucional. No se desvía Gori de la cuestión que atañe á la conferencia de Roma: esto es, al acuerdo internacional de prevención contra los atentados llamados anarquistas, tomando los conferenciantes como punto de mira y de persecuciones, no ya los hechos ejecutados y determinados, ni siquiera las causas de hecho que pueden provocarlos, sino las ideas que se estiman germinadoras de los actos cuya comisión se teme. Sin tener en cuenta que desde que los hombres viven y luchan, disputándose con encarnizamiento los bienes de la vida, sobre la palestra del mundo siempre ha habido atentados producidos bajo formas diversas.

**L'Humanité Nouvelle.**—(París. Enero.)—Interesante é instructivo, como todos, sale el número de Enero. Entre otros trabajos publica *La filosofía del siglo XVIII y Malthus*, por el sabio economista Hector Denis, en el cual estudia la obra pesimista de Malthus que ha venido á minar en sus bases las condiciones optimistas de Condorcet, que cree en la perfectibilidad indefinida del hombre. Se lee con interés la parte de este trabajo en que está expuesta la concepción de la justicia de William Godwin, quien estima que la justicia no consiste solamente en abstenerse de toda lesión ni producir ofensa alguna, sino que considera es la idea de hacer el bien por el bien. El fin del trabajo de Hector Denis está consagrado á las concepciones de la propiedad y al fundamento del derecho á la vida. El distinguido profesor Fages estudia en *La evolución del darwinismo sociológico* las transformaciones de la concepción darwiniana, y analizando las diversas teorías darwinistas hace la importante advertencia de que los más aptos no son precisamente los mejores, ó bien que los buenos desaparecen en provecho de los medianos. El hombre sólo puede por una práctica razonada regularizar el juego



de la selección. Según el autor, una de las mejores doctrinas es el socialismo quien preconiza la asociación para la vida y prueba que solamente subsisten las especies donde los representantes están ligados por una estrecha solidaridad voluntariamente consentida. Hay también otro trabajo notable: *Historia natural de Jesús*, en la que su autor, Lejeal, empuña la piqueta demoledora derribando cuantas leyendas se han torjado respecto de Jesús, para lo cual cita los mismos testigos presentados por la iglesia cristiana que se contradicen entre sí, pues mientras el evangelista Lucas afirma una cosa, Mateo dice otra, y vice-versa, cayendo al peso de la razón y á la verdad de la historia, cuantas mitologías habíanse explicado hasta aquí respecto la personalidad de Jesús.

**L'Aube Meridionale.**—(Montpellier. Enero.)—Tenemos la satisfacción de consignar que en el número de Enero esta simpática revista se presenta franca y decidida, diciendo que es *una tribuna absolutamente libre*, donde pueden expresarse toda clase de ideas y opiniones. Entre otros trabajos literarios, los que consideramos más importantes son *Lune de Pyrénées*, por Richard Wéman, y *Les Idées de M. Barrés*, por Julius Nadi.

**A Arte.**—(Oporto. Enero.)—Buenas son las disposiciones con que inaugura el año esta importante revista, pues además de la amena y sana literatura que publica, dice que procurará ser órgano del movimiento intelectual internacional. En este número inserta una variada colección de trabajos firmados por escritores lusitanos tan distinguidos como Oliveira-Gomes, autor de una especie de biografía del poeta Cruz e Sousa, Theodoro Rodrigues, de la del poeta brasileño Coelho Netto, Justino de Montalvão, del titulado *As momentaneas*, Santos Guerra y otros. La dirección de *A Arte*, entre otras cosas buenas, iniciará una serie de conferencias literarias y científicas, promoverá exposiciones de pintura y procurará crear una biblioteca.

**La Educación Contemporánea.**—(Colina. Enero.)—Esta revista, órgano de la inspección general de Instrucción pública, publica interesantes trabajos de pedagogía.

\* \*

Hemos recibido el segundo cuaderno del Tercer Certamen socialista celebrado en La Plata. Se inscribe en La Coruña, J. Sanjurjo, Frarja, 32. 2.<sup>o</sup>

S. G.







## SECCION LIBRE

### PARA BLASCO IBÁÑEZ

Muy señor mío y de mi consideración: He leído su artículo de *Vida Nueva* titulado *Dos peligros* y su lectura me ha causado dolorosa sorpresa.

Creía, Sr. Blasco Ibáñez, que estaba usted convencido de que no fueron los anarquistas los que habían cometido la salvajada de Cambios Nuevos, por lo muy llevado y traído que ha sido el proceso de Montjuich, y creía más aún, que usted, hombre de corazón é ideas generosas, como asimismo hombre de inteligencia nada común, descartaría completamente las aberraciones sociales, producto del medio en que los individuos se desenvuelven, del ideal, siempre sacrosanto, siempre venerando.

Supongo habrá estudiado usted la filosofía del anarquismo, pues de otra manera no se concibe que una persona como usted, de reputación literaria bien definida, hable de cosas que no sepa; y en este supuesto ¿dónde ha encontrado la idea preconcebida del crimen, de la barbarie, del terror, de la anulación del individuo?

En un hombre como usted, literato revolucionario, es imperdonable la ligereza de la vulgaridad; y es indigno de un demócrata atacar á un ideal, metiéndolo en el crisol de una crítica repugnante, por lo mal intencionada, sin apercibirse de que se va á cometer una mala acción.

Dice usted en un artículo «que entre el anarquismo y el carlismo existen múltiples y mistericas afinidades de barbarie y pasión sanguinaria de las que no se dan cuenta los mismos sectarios. Por algo—continúa usted—resulta que muchos anarquistas fueron educados en su juventud en la fanática escuela de jesuitas y frailes.» ¡Qué digno de lástima es usted, Sr. Blasco Ibáñez! Supongo—y con usted siempre tengo que suponer—conocerá la vida de Gambetta, y conociéndola sabrá que también fué educado en los jesuitas. Sin embargo, yo que sé esto y que sé mucho más, pues sé que no tan sólo muchos republicanos han sido educados por los jesuitas, sino que sus hijos concurren hoy á los colegios jesuitas, no cometeré la vulgaridad de decir que los republicanos tienen afinidades con los carlistas.

¿Demuestra hidalguía, Sr. Blasco Ibáñez, que existiendo una ley, de represión del anarquismo se ensañe contra los anarquistas convirtiéndose en panegirista de crímenes que ellos no cometieron, haciendo coro, usted el revolucionario y el de-



mócrata, á la reacción y al fanatismo? Que responda su conciencia, si es digna de usted tal conducta.

Además, usted que sabe quien era Orsini y quien fué Ravallach, y no cito nadie más por no ser interminable, convendrá conmigo que no podemos hacer responsables de los hechos suyos á los partidos á que pertenecieron. Las ideas están mucho más altas que los individuos, pertenezcan á esta ó aquella secta, y así como la República no ha cometido ningún crimen, tampoco los ha cometido la anarquía; y así como el republicanismo no es culpable de las hecatombes causadas por los jacobinos, tampoco lo es el anarquismo de las que produzcan los jacobinos suyos.

A Carnot no le mató la anarquía, como no mató el catolicismo á Enrique IV de Francia, ni la Gironda á Marat. Fanatismos, exacerbación de sentimientos, sufrimientos, inverosímiles desdichas horribles, hijo todo de un malestar hondo, profundo, que corroa las entrañas de la sociedad: he ahí la causa. Esto que tiene deber de saberlo un revolucionario como usted y á mayor abundamiento, historiador de la revolución española, en aras de hacer un artículo de sensación, ha sacrificado las verdades que se desprenden de la Historia malparando ideas y sentimientos. Y la verdad es algo más que un afiligranado trabajo literario, donde luzca el escritor sus brillantes dotes de erudición y gusto estético.

Puede creer que de todas veras siento que se haya dejado obsesionar por una vulgaridad tal.

¡Cuántas veces en su impotencia de revolucionario debe haber deseado un anarquista que lo librara de lo que usted ha sido incapaz!

De usted afectísima,

SOLEDAD GUSTAVO.

## El gran Chupóptero y el Pueblo

### II

#### EL PUEBLO Y LA ACRACIA

**Pueblo.**—¿Tú también, débil mujer, te regocijas de mis desdichas?

**Acracia.**—Al contrario, me apenan y me inclinan á tenderte mi mano, que, aunque mujeril de estructura, es tan dura para los enemigos como tierna para los que, participando de mis eternas superioridades físicas, morales é intelectuales, arrostran todas las injusticias y todas las preocupaciones para dignificarse acelerando el triunfo de mis enciclopédicas verdades. ¡Oh! No lo dudes. Cuando se vifican con la íntima satisfacción de la victoria de mis ideales, no desesperan presintiéndola sólo para el porvenir, diariamente, y siempre creciendo, reciben de ella los primorosos besos.

**Pueblo.**—Si eres un Ideal, ¿por qué te me presentas con las voluptuosidades de la mujer? ¿Será una nueva artimaña lo del Ideal y serás tal vez una de tantas prostitutas sin corazón, de las muchas que me han embrutecido, absorbiéndome las riquezas de mi trabajo, bajo pretexto de elevarme á la felicidad?

**Acracia.**—Mi amor, mis sentimientos y mis excelsitudes de Ideal puro me



asemejan á una mujer, porque conservo y perfecciono la esencia de Natura; pero mis experimentos, mis refinadísimas especulaciones científicas sin límites y mi vigor práctico y asimilativo de todo lo bello y bueno, son bien viriles y enérgicos.

**Pueblo.**—¿Quién eres, dí, y cómo, reuniendo tan hermosas dotes, la humanidad entera no anuncia, de alegría loca, tu existencia?

**Acracia.**—¿Que quién soy? ¿Ya sabes si te falta valor y te sobran prejuicios para saberlo?

**Pueblo.**—A mí nada ni nadie me arredra ni me priva.

**Acracia.**—¿Olvidas al gran Chupóptero?

**Pueblo.**—Que no se fíe mucho; un día puedo despertar de mal humor y...

**Acracia.**—Por ahora puede seguir fiándose de tí; conoce perfectamente tu pasta y hace de ella lo que quiere.

**Pueblo.**—Lo de los prejuicios, como no creo en nada, mal puedo tenerlos.

**Acracia.**—Tú bien presumes de no tener prejuicios, pero existen en tu conciencia y en tu vida práctica ciertas reminiscencias de errores pasados, que incessantemente te invaden el cerebro y hacen traición á tu parecer, transparentándose en tus decisiones é indecisiones, nublando tu intuitiva natural y dando lugar á que obres conforme interesa á tu *padre*.

**Pueblo.**—¿Quién eres, dime de una vez, que tan bien me revelas y tanto demuestras interesarte por mí?

**Acracia.**—Repito lo del prejuicio y lo del valor. Te diré á lo que aspiro, te bosquejaré el Ideal que represento, pero que no impongo, así, al grano, como tú deseas siempre, antes de darte á conocer mi nombre. Si supieras cómo me llamo, ya me habrías mandado á paseo, si no te apresurases á delatarme á tu gran Chupóptero. Éste, un sin fin de veces te ha hablado de mí, seguro de tu excesiva buena fe y de la infalibilidad en que le juzgas, cuando te dice: «¡Éste es tu enemigo!», ó te hace morir por su patria ó por su pretendida justicia, después de haberte obligado á vivir, si eso es vivir, en ayunas de todo. Tanto mal ha querido inferirme y tanto á tus velados ojos me ha presentado como una verdadera monstruosidad el gran Chupóptero, que tú, infeliz Pueblo, sólo puedes ver en mí un sér extraño, infernal, con dos ó más cabezas, con los cabellos erizados y una gran boca vomitando explosivos é innumerables manos estrangulando la especie humana. Tal es la atmósfera con que ha cubierto mi levantada y serenísima frente la peste social el gran Chupóptero. Pero esta atmósfera, formada al calor de la miopía popular por sus propias impurezas, por mucho que pudiera lograr densificarla, jamás evitará que los rayos de mi sol fructifiquen la Verdad y ésta ilumine á todos los seres de la tierra para pasarse sin Chupópteros.

**Pueblo.**—Si no quién eres, me parece adivinar que perteneces á los exaltados: tus ideas son ideas disolventes.

**Acracia.**—En dos palabras voy á explicarte mis ideas, cuales en realidad son las disolventes y bajo el único aspecto, moral casi siempre, que lo son las mías. Imagínate que soy un sér humano nacido, como los demás, de la incesante evolución de la materia y pasando la misma ley natural de evolución, única que todos debemos respetar; de la animalidad bestial á la animalidad racional. Perteneciendo, pues, á los racionales, me doy cabal cuenta de que nadie me supera en derecho á nada y que, igual que los demás mortales, sólo á mis necesidades y á mi íntegra y soberana voluntad, he de obedecer. Nadie, ni yo con respecto á los



demás, tiene derecho á cohibir, coereir, sofisticar ni imponer nada en los diversos órdenes de la vida: en lo material y en lo moral, en lo científico y en lo artístico. Sólo la voluntad individual ó colectiva puede imponerse á sí. Mi felicidad relativa y la armonía de mi exterior con mi interior, ha de ser mi único anhelo, mi ideal eterno, como quien persigue el hermoso horizonte, aun sabiendo que no ha de alcanzarle, convencido de que sólo elevándose hacia él, podrá realizar en la vida práctica las bellezas vitales que la humanidad lleva en sí y que ésta, generalmente, ignora sumergida, en las cloacas del presente. El que, exponiendo timos filosóficos, se abroga facultades para privar ó dificultar mis libaciones á Natura libremente; quien trate de tasarme mi derecho á enaltecerme por el Arte y por la Ciencia libres; quien, en fin, en todos y en los más mínimos detalles de la vida de hecho ó de intento se proponga, haya nacido aquí ó allá, sea blanco, negro ó verde, vista este ó aquel traje, sea sabio ó sea necio; quien se proponga, repito, OBLIGARME, ese, ese es mi mayor enemigo y el de todo el género humano: ese es el que verdaderamente sustenta ideas disolventes: *disuelve la inviolabilidad del derecho ajeno*; ese es el famélico de la personalidad humana, ese es el gran Chupóptero que nos roe las entrañas. Pueblo: me interesa poco que ya desde este instante hagas tuyos mis ideales y te decidas á llevarlos á la práctica: te han educado tal *brutalmente* que no extrañaría que si así lo hicieras, de golpe y porrazo las contagiaras de tu actual corruptela. Y, hagas ó no caso de mis palabras, ten presente que aun cuando te han enseñado á odiarme aferrándose premeditadamente á ciertos crímenes que cometieron algunos que se han dicho mis propagandistas (crímenes, fíjate en ello, absolutamente extraños al Ideal mismo, é hijos directos de tu sociedad); aun cuando por un fenómeno del mundo físico desapareciera la humanidad y de nuevo reapareciese y de nuevo las generaciones tuvieran que recorrer todo un calvario de civilizaciones, del mismo modo reaparecerían mis salvadores ideales: arrancan de los poros de la Naturaleza; puede afirmarse que vagan por la atmósfera, por todo nuestro organismo, por nuestra razón, y forzosa y necesariamente, han de florecer en nosotros, en nuestros actos, en nuestros pensamientos y en toda generosa concepción cerebral imantada de espíritu justiciero, por más que imperen la maldad social y las rivalidades de dominación que sienten todos los pequeños. Te he dicho antes que mis preconizadores disfrutaban ya las primicias de mi triunfo. En efecto; entérate de lo que proclaman los grandes pensadores, no asalariados por el gran Chupóptero; revista á los artistas y sus más famosas obras, y verás como confirman, unos en lo económico, otros en lo físico, estos en lo moral y aquellos en lo material, todas las teorías que solidifican mi *disolvente* Ideal. La novela moderna, el teatro sociológico, la pintura y la música refinados con el *esteticismo del arte por el arte*; todo, todo expresa, anuncia y ansía el bienestar universal fundado en la Libertad, la Igualdad, el Amor y el Trabajo. Repasa en tu memoria tus actos íntimos, tus hechos diarios de relación no infeccionados por el ambiente social-chupopteril, y di si en todo ello no sabes reconocer una fuerza natural é intuitiva burlando la tiranía de los convencionalismos sociales. A pesar de las preocupaciones que cercan tu naturaleza y de la influencia poderosa del gran Chupóptero y toda su interminable cohorte de brutos, escudriña, interroga, observa y analiza, y te darás exacta cuenta de que buena parte de mis llamadas ideas disolventes han triunfado ya y van triunfando cada día; y



si jamás llegan á su total triunfo, no lo atribuyas á que sean utópicas, sino que, abarcando todo lo que á la vida humana conviene, sin cesar se apoderan del bien absoluto, y por eso no pueden claudicar, porque representan el progreso, y la realización absoluta de este ó su limitación, es la que racionalmente debemos considerar utópica.

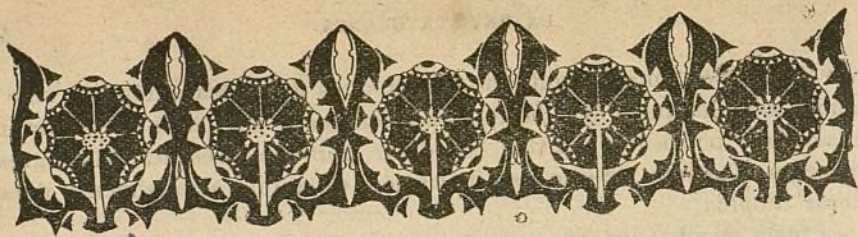
Ahora bien; siendo certísimo todo lo dicho, ¿qué he de hacer si no reirme de todos los Chupópteros siempre que intentan manchar mi pureza difamándome y proponiéndose celebrar congresos para extremar, si aun les es posible, las torturas de los míos y presentarme á ti como perturbadora prostituta, si después de todo tu misma inconsciente aspiración á la verdadera justicia afirma mi razón de ser? Despierta, pueblo. No tardes á probar que ya no necesitas á tu gran Chupóptero para desenvolver con acierto las energías individuales que desde hace siglos aguardan adormecidas la fecundación del espermo libertario. Sabe ser *tú* en cada uno de tus miembros. De lo contrario, continuarás contribuyendo á que pase por una gran verdad aquella ponzoñosa profecía que tanto te recuerdan tus Chupópteros: «Siempre habrá pobres entre vosotros». Y yo habré de repetirte lo que un artista catalán dirigió á un pueblo imbécil: *No'n tastarás de Poesía, no!*

Acracia desaparece por el fondo de una penosa cuesta, donde un regular número de fervientes entusiastas la abrazan y todos juntos, erguidos con dignidad é iluminados por su misma grandeza, emprenden la heroica ascensión hacia las gigantescas regiones de la vida de su Ideal, sin volver la cara y sin envilecerse midiendo el tiempo. El pueblo se halla asombrado. Quisiera, por su temperamento, seguir á la bellísima, resuelta y sapiente desconocida; mas carece de lo esencial: le falta el valor de la convicción conscientemente elaborada. Un rugido de fiera que teme perder su presa acaba de eclipsarle la voluntad; es el gran Chupóptero que, al frente de sus brutos, cierra el camino por el que fuese Acracia, y, bajo pena de emplear en su persona aquellos útiles de Chupóptero, le prohíbe terminantemente que en lo sucesivo escuche una sola palabra de aquella *disolvente mujer* que, según él, estuvo á punto de perderle con sus perturbadoras ideas. El pueblo promete fidelidad, sin recordar que aún no ha comido.

FELIPE CORTIELLA.







# TRIBUNA DEL OBRERO

## CON UNIDAD DE CRITERIO

Cuando se habla de una superior organización social, protestan los satisfechos y se alarman los timoratos, afirmando que lo que se persigue no es un estado de justicia, sino una era de lucha fiera, un estado de perturbación en donde la intelectualidad quedará reducida á la nada y la fuerza impondrá su capricho.

Lograr que esas gentes reconozcan su error es poco menos que imposible.

Inútil demostrarles que por el egoísmo de una herencia los hijos desean la muerte de sus padres y los hermanos llegan hasta el fratricidio; y que el que produce no puede materialmente vivir, mientras otros, sin ejercer ocupación productiva, nadan en la abundancia.

Cándido hacer patente que cuanto más tiránico es un gobierno, tanto más odioso y aborrecible es, y que, por consecuencia, cuanta menos sea la presión gubernamental, cuanto menos se necesite su acción funestísima, más beneficiados saldrán los seres que sin Gobierno vivan, puesto que demuestran su superior estado de perfección, ya que no son mandados ni tienen necesidad de mandar, y por lo mismo, viven con unidad de criterio, ayudándose, completándose en todos los casos de la vida, sin hacer necesaria la idea de la fuerza.

Tócanse hoy los bárbaros resultados de la ignorancia y del hambre. La estúpida lucha por la existencia nos incita al robo, á la violación, al incendio, al asesinato; hechos que luego quieren curarse con patíbulos y presidios, sin resultado.

Se enseña al hombre la manera de adquirir dinero á todo trance, porque es del único medio que en la vida actual se puede vivir respetado, querido y satisfecho. Dinero es fuerza, y con ella se facilita el sostenimiento de este organismo explotador industrial, comercial y guerrero.

Todo esto y mucho más justifica el modo de ser actual, donde el hombre, por honrado y digno que sea, no encuentra apoyo, ni derecho que le ampare, ni manera de vivir, apartado de todo dualismo, de toda lucha, de todo trato que pueda engendrar odio. Se encuentra en todas partes quien disputa el paso, quien acecha para robar en el contrato, casi siempre leonino, quien aguarda para obligarte á seguir su religión y á pagarla, y quien quiere gobernar é imponer tributos, aunque el interesado no quiera.

«Que el Gobierno se necesita para que haya orden; que la religión es necesaria para que haya freno y moralidad; que el empresario en el trabajo es menester para que no haya perezosos»—exclaman los que gobiernan ó aspiran á gobernar, los que viven del dogma y los que, si no pueden ser empresarios de trabajo, no quieren ser nunca asalariados. Y, sin embargo, el orden no aparece, la moralidad es un mito y la pereza lo invade todo.

Y hay quien afirma que el orden existe, porque se atacan las ideas y el hambre á tiros, y quien dice que la moralidad es un hecho, porque á la parte más infeliz del vicio se la



dota de cartilla, y que la pereza no existe, porque *para comer hay que trabajar* y que, por lo tanto, *sin el organismo social presente no es posible hallar paz, sosiego ni bienestar*.

Y para convencernos de esa afirmación, vemos dividido el pensamiento en centenares de religiones y de Gobiernos que brindan su panacea como único remedio á la desesperación humana.

Como las afirmaciones absolutas conducen á las negaciones absolutas también y por ende se establece el dualismo, y como de éste al antagonismo va poco y de éste á la lucha no va nada, creemos lógico aceptar como buena la diferenciación de pensamiento, con una consecuencia también natural: la de que por el discernimiento, por el criterio, no nos impongamos unos á otros, ni seamos obstáculos á la vida ni á la libertad de nuestros semejantes.

ALI-EL-MELLECH.

## PALMIRA

(Cuento social.)

¡Pobre Palmira! Triste vida la suya: apenas vino al mundo, cuando sufrió ya los rigores de la miseria, de esa triste realidad hermana de la desgracia que, como mortífera epidemia, infesta de un modo feroz el extenso y sufrido pueblo esclavizado. ¿Quién era Palmira? Nadie lo sabe; nadie recuerda de ella. Vino al mundo guiada por la fatalidad, y esa fué la única compañera fiel que tuvo durante su corta y penosa existencia.

No contaba aun siete años, cuando quedó huérfana de padre y madre, recibiendo por única herencia miserias y amargos sufrimientos.

Quedó sola en el mundo, sin amparo, sin nadie que se compadeciese de sus penas, abandonada de todos y dispuesta á ser juguete de la miseria.

Encontrándose en tal estado, no tuvo más remedio que implorar la caridad pública; sí, aquella criatura inocente, se vió obligada á mendigar lo que á ella le pertenecía, á pedir á los demás lo que podía disfrutar con derecho: el alimento por sostener su vida.

Pero ella, con abnegación sublime, luchó contra el destino cruel, soportó resignada sus desdichas, en el pensamiento tenía grabada la esperanza del trabajo, esperanza que le daba ánimos y fuerzas para combatir con más energía su triste y miserable vida.

Pero muy equivocada iba. ¡Pobre Palmira! Su porvenir no era aquel, no podía saborear los frutos honrosos del trabajo, su destino era adverso al que ella imaginaba, no podía ser pura y honrada, la Humanidad *inhumana* así lo deseaba.

Y aquel angel de bondad y de ternura, que con esfuerzos sobrehumanos luchaba con desesperación por conservar la pureza de su cuerpo, cayó, cuando menos lo imaginaba, en el lodo de la deshonra.

Su extremada hermosura fué causa de que esa sociedad prostituída, obrando como por instinto de maldad, prostituyese á ella.

Un hombre... no; no merece este nombre; un ser depravado é inhumano, por satisfacer brutales deseos, abusó de la miseria y de la ignorancia de aquella niña hasta entonces pura y honrada, encaminándola hacia el camino infamante de la prostitución.

Palmira ya no era la misma de antes, ya no se veía por las calles y playas con compasiva mirada pidiendo limosna por alimentar su débil cuerpo; era entonces ya una marchita flor, deshojada por la lascivia que la rodeaba.

De las manos del uno pasó á las del otro, hasta que obligada por la necesidad, fué bajando lentamente hasta llegar á las últimas gradas sociales.

Su rostro, antes tan hermoso, fué poco á poco perdiendo sus formas esculturales, cu-



briéndose de un color pálido y demacrado que revelaba el sufrimiento y las penalidades, que soporaba viviendo en aquel lugar infame y miserable, donde sólo reina la miseria, el vicio, la ignominia; donde no se escuchan palabras de amor, sino gritos de lujuria; donde no se citan nombres personales, sino pseudónimos obscenos é injuriosos.

¡Y entre aquel lodo infamante se revolvía la desgraciada Palmira!

Allí, expuesta á toda clase de insultos, demostrando siempre alegría y tranquilidad, teniendo el corazón triste y enfermo; allí, alquilando forzosamente su carne, sin ser dueña de nada, ni de su corazón, ni de su cuerpo, ni de su voluntad, caminando con pasos apresurados hacia el hospital y la tumba, sin la más pequeña esperanza de poder arrancar de sus hombros el manto ignominioso de la deshonra...

¡Pobre Palmira!...

Poco tiempo duró su vida miserable.

Pronto acabó su existencia llena de sufrimientos, de miseria, de deshonra...

Murió joven, muy joven aún, pues solo tenía veinticuatro años de edad.

Sus últimas palabras fueron contra esa sociedad, que, inicua y egoísta, aplaude al fuerte que triunfa y niega el auxilio al débil que sucumbe...

Después, dejó de existir exhalando un suspiro indefinible que se perdió por el espacio de aquella habitación acostumbrada ya á recibirlos de fingido amor...

J. TOUS PUEY.

---

## "PROGRESO."

---

El día 2 del corriente recobraron la libertad nuestros compañeros Lerroux y Luna, director y redactor de *El Progreso*, que tantos meses vivieron encerrados en la prisión celular de Madrid.

Nos ha servido de satisfacción sincera abrazar á estos dos queridos compañeros en la redacción de *El Progreso*, donde tanto tiempo luchamos juntos por ideales de libertad y de justicia.

Les hemos visto animosos y enardecidos, dispuestos á emprender nuevamente la lucha, con sus habituales energías, no quebrantadas por la arbitrariedad de que han sido víctimas.

*Progreso*, un semanario que continuará las tradiciones del diario interrumpido, aparecerá el día 25 de este mes y según nuestras noticias será notable bajo el punto de vista artístico y tipográfico, pero mucho más por las campañas originales y brías que se propone reñir.

*Progreso* continuará abogando por la revisión del proceso de Montjuich y en su primer número publicará las pruebas de la inocencia de los fusilados y condenados á presidio por aquella horrible tragedia donde quedaron escarnecidas la justicia y la humanidad.

Como tenemos anunciado, de dichas pruebas se hará una numerosa tirada en hoja suelta al objeto de que el mundo entero sepa que se condenó á 25 inocentes, de que las familias de los fusilados recobren la honra que perdieran en manos del fanatismo y del rencor y la libertad los condenados como cómplices de quienes ningún delito habían cometido.

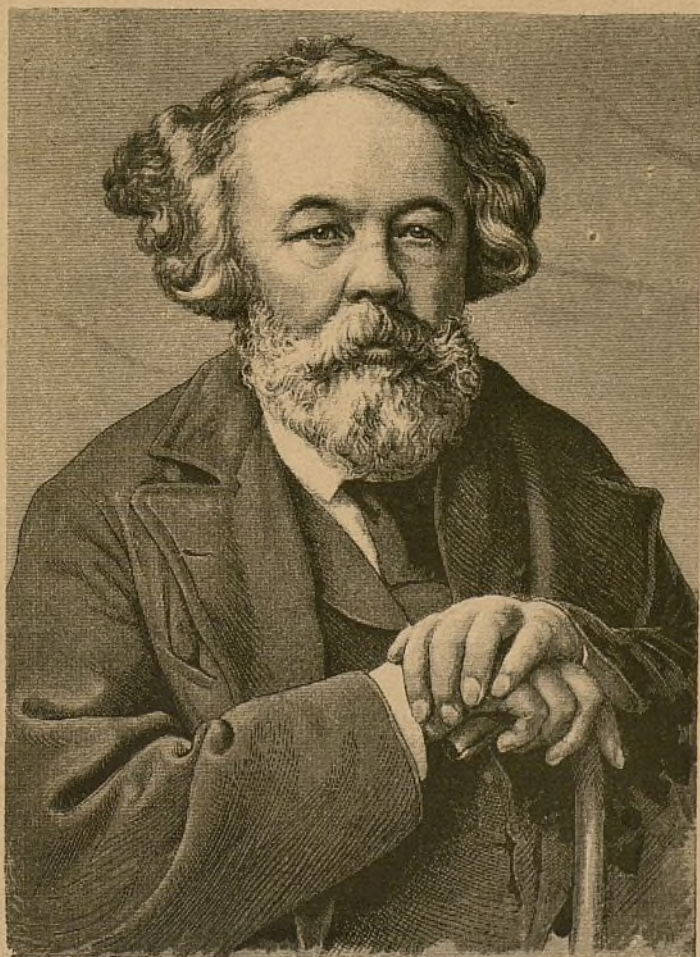
Todos los españoles debemos estar interesados en un asunto que tanto perjudica nuestros sentimientos humanitarios y nuestra dignidad de personas civilizadas, puesta en duda por todo el mundo.

El precio de dichas hojas es: 100 ejemplares, 1,50 pesetas; 500, 7; 1.000, 13.

Los corresponsales y vendedores de periódicos están también autorizados para hacer pedidos.

F. U.





Miguel Bakunin

Ayuntamiento de Madrid



